

Los libros escondidos de la Biblia

Luis Fernando Aragón-Vargas, 30 de mayo de 2015

En una reciente travesía de tres meses por Europa y el Medio Oriente, tuvimos la oportunidad de encontrar treinta y cuatro libros de la Biblia escondidos entre las palabras; inclusive uno de ellos estaba repetido hasta el cansancio. Debido a los distintos regionalismos y lenguajes, no podíamos prestarle atención a los espacios, acentos ni al uso de las mayúsculas, pero aparte de eso, todos los nombres tenían la ortografía correcta. Nuestro logro no se acerca al de Hidden Books of the Bible (<https://home.snu.edu/~HCULBERT/hidden.htm>), nuestra inspiración, en el cual lograron encontrar 21 libros en un texto que ocupa tan solo una tercera parte del nuestro, pero los lingüistas saben que se necesitan más palabras para decir las cosas en español que en inglés.

Después de varias aventuras llegamos a España. El mercado olía a perejil, albahaca y juanilama. Nos acercamos a una mujer que vendía fruta. Felipe y yo le dijimos claramente lo que buscábamos pero parecía que estaba sorda. Ni él ni nadie la lograban convencer para que nos ayudara. Yo me molesté y le dije que con esa actitud no lograría vender nada y nos marchamos. O sea, si no se lo digo yo, nadie se lo dice; es drástico tomar decisiones así, pero a veces se hace necesario.

Pensamos que tendríamos mejor suerte en una tienda de ropa, pero después de una breve discusión por los precios, el mayor de los dependientes españoles dijo: “¡llamaremos al jefe, si os parece mejor!” “Mejor para ti, ¿todavía lo dudas? ¡Esto es un timo! Te ofrezco algo distinto: nos vamos y no compramos nada”.

Entonces buscamos un lugar donde cenar. Para comer, utilizábamos platos de lata en los que colocábamos cualquier alimento que encontrábamos, pero hoy queríamos cenar bien. ¡Cómo echábamos de menos el tamal! Aquí, aspirábamos a encontrar por lo menos una empanada de carne. Era indispensable borrar la mala experiencia en Lisboa, cuando nos vimos forzados a comer en un mal lugar: la mesa olía como cuando lavan un baño con Tronex, o donde vacían todos los químicos sobrantes de las fábricas. Teníamos tanta hambre... Yo dije claramente “YO NO IRE”. “Yes”, dijo el limonense “this is the place”. Fue una pésima escogencia. Mi tía no lo recordaba, pero yo le insistí: “claro, si Esteban hasta se enfermó! Yo busqué algo para hidratar a mi hijo: suero, agua o Gatorade. Se lo di para tomar. Costó mucho que se lo acabara. Pasó la semana en cama. Te olvidaste?” Los demás nos cuestionaban, pero el nica dijo: “He! Cho! Si todo e'to e' cierto... se fue la lu', casi no veíamo' naada!” En fin, dimos con un buen lugar. Nuestro guía pidió una opinión, “¡comamos aquí! ¡Me encanta!” Respondió mi mujer. Todos pidieron tapas menos Pablo, que pidió un pescado a la plancha. Pedí otro para mí. ¡Qué asco! Tenía una mosca encima. ... Al salir, llovía copiosamente, y todo el grupo se mojó. ¡Bendito sea! No había un taxi en diez kilómetros a la redonda. Al preguntar, la gente nos decía “¡Por aquí nunca pasan!” Tía gozaba, Ramón lloraba, y todos estábamos cansados.

La siguiente parada era Roma. Nos fuimos a visitar el coliseo, el Vaticano, y los demás lugares de rigor. Nuestra guía era una joven italiana vestida a la antigua: fresca la toga, hermosa la corona, húmedas y frescas las flores. Entramos a un monasterio; los monjes terminaban sus oraciones. Afuera en los jardines un hermoso rosal mostraba las habilidades de Fray Giardino. El atardecer fue digno de ese día inolvidable, que remataríamos con una deliciosa merienda. Tomé mi puñal y lo afilé. Mondaba la piel de las frutas con gran facilidad, cortaba las carnes sin problema, partía el pan delicadamente. Era mejor comer así, pues la comida de restaurante era demasiado cara. No me diga... ¡la tasaban como si fuera un artículo de lujo!

El resto del viaje es una mezcla de lugares, fechas y confusión, acompañados de un guía turístico muy inteligente, supuestamente un profesor pensionado pero no tenía ni credenciales de filósofo ni aspecto de intelectual. Recuerdo que pasamos por Moab. Días después visitamos las pirámides de Egipto. Pasamos por un museo mediterráneo donde había estatuas e imágenes: Isis, Apis, Osiris y Tutatis. Allí fue donde un camello me majó. Nasal, como de sinusitis, era la sensación, el dolor pulsante que sentía en el pie después de esa experiencia. Luego de eso y de la patada que recibí en el peroné, he mi aspecto y mi modo de andar y hablar cambiado. Pero el dolor pasó cuando entramos a ver la final en el único lugar que había un tele: el bar. Ucrania contra Alemania, ¡qué partidazo! Esa fue la víspera de nuestro viaje de regreso.



Esta obra está bajo una

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional